

Vos, Señor, que poneis límites á la inmensidad del mar, y domais las hinchadas olas, reprimid la licencia de esos ingenios, y detened ese torrente de impiedad, que amenaza asolar la tierra. ¡Ay de mí! Quizá estamos ya cerca de aquellos dias desastrosos en que, precisados los ojos de los escogidos á llorar las calamidades de la santa Jerusalem, verterán raudales de lágrimas. Los rápidos progresos de la incredulidad, el desprecio de las cosas santas, la indiferencia acerca de los dogmas, la preocupacion de los incrédulos contra vuestros milagros, y su conato por descubrir en las fuerzas de la naturaleza la causa de todos los prodigios; el Dios del cielo casi olvidado por los hombres, como si no fuese el Dios de los ejércitos y de los imperios; las ocupaciones del ministerio sagrado, el sacrificio de las virgenes, las lágrimas de los penitentes despreciadas como inútiles, y, finalmente, la facilidad de los espíritus en recibir estas funestas impresiones, nos deben inspirar el temor, de que la fé desaparezca de entre nosotros. Apartad, Dios mio, este fatal presagio. Aumentad en todos los fieles el amor á la religion, haced que el impío lllore sus maldades, y que todos los corazones, unidos por la fé en el gremio de vuestra santa Iglesia, aspiren á las recompensas prometidas á los que de veras os adoran. Amen.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

HONRADEZ.—A los hijos del siglo no se les honra sino por orgullo y por interés.

A los hijos de Dios se les honra porque son humildes y caritativos.

HONRADEZ.—Un cristiano debe procurar que no convierta en lecciones de vanidad las que se le dan para inculcarle la honradez.

Un cristiano debe temer que obre por cobardía cuando pretende obrar por honradez.

Un cristiano debe temer que, so pretexto de llevar una vida honrada, siga la conducta de un pagano.

PASAJES Y FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA Y AUTORIDADES DE LOS SANTOS PADRES; véase: DEVOCION, FÉ, HIPOCRESÍA.

HUMANIDAD; véase: CATOLICISMO. (*Su influencia en la sociedad humana.*)

HUMILDAD.

Ubi est humilitas, ibi et sapientia.
Donde hay humildad, habrá sabiduría.

(PROV. XI, 2.)

La humildad, hermanos míos, es una virtud del todo evangélica. Los sábios antiguos no la conocieron, ni siquiera la imaginaron; los sábios modernos la conocen y la desprecian. Y en efecto, ¿qué punto de semejanza ó que relación puede haber, entre una filosofía fundada en el orgullo del *yo* humano, y la doctrina celeste, que anula al hombre delante de Dios? Mas, si no podemos reconciliar esta hermosa virtud con sus ciegos calumniadores, debemos, cuando ménos, vengarla de sus desdenes y de sus injustas declamaciones. Escuchad al mundo y los oráculos de su bastarda sabiduría: él os dirá, que la humildad es una debilidad indigna de un alma elevada; que con ella nada grande puede concebirse ni ejecutarse; que priva de la emulacion de la gloria, rompe los resortes de una ambicion generosa; y, en fin, solo sienta bien á las almas mezquinas, á quienes la naturaleza negó la energía de carácter y la conciencia de su dignidad natural. Lancémonos á probar que, léjos de ser una debilidad, la humildad cristiana es un principio de fuerza y una fuente de paz: por manera, que esta virtud encierra todo el secreto de la verdadera sabiduría: *Ubi est humilitas, ibi et sapientia*. Tal es el plan y division de este discurso. A. M.

1. La extremada debilidad del hombre, carísimos hermanos, es hija de su excesiva presuncion. A él le parece fuerza lo que, en el fondo, no es más que engreimiento; y hé aquí por qué pronto se ve obligado á descender de la altivez de sus pensamientos y á recaer en su nada, de la cima de sus desvanecidas esperanzas. ¿Qué le ha faltado á ese hombre ambicioso, para alcanzar la fortuna por que suspiraba, y á la que al principio se dirigia con tan rápido y seguro paso? Solamente conocerse á sí mismo, y conocer á Dios. ¿Qué le ha faltado á esotro, para sostenerse á aquella altura, siempre tan próxima á un

derrumbadero profundo? Solamente medir sus fuerzas, y contar á Dios por algo en la balanza en que se pesan nuestros destinos. Esa es la eterna historia de todos los siglos y de los hombres todos, desde la oscura ambicion del cabeza de familia por la prosperidad de su casa, hasta los esfuerzos del filósofo para la regeneracion del humano linaje; desde la pretension del sábio, que procura dominarse y vencerse á sí mismo sin otra ayuda que su razon, hasta los proyectos del conquistador, que quiere asentar su trono sobre los restos de las naciones vencidas. ¿Y por qué, hermanos míos? Porque, lo repito, el orgullo humano nada funda, nada conserva, ni fortuna, ni dicha, ni virtud, ni gloria verdadera; ó porque, si llega á recoger el fruto de alguna empresa, no puede prestar fuerza ni duracion alguna á sus obras.

La humildad, por el contrario, siguiendo opuestas vias, supera todos los obstáculos, y alcanza indefectiblemente su objeto; pero para razonar sobre esta virtud, es necesario comprenderla bien, pues, por haberla comprendido mal, los más la han desdeñado. La humildad no es, como se quisiera hacer creer, aquella bajeza de un alma rastrea, que se envilece delante del hombre, sin consideracion alguna á la divinidad: ella no exige que el hombre desconozca los dones que recibió del cielo, y el bien de que le dotó el Criador: ella se hermana tan bien con el sentimiento de nuestra dignidad, que, léjos de rebajarlo ó extinguirlo, lo eleva, lo acrisola y lo engrandece.

¿En qué, pues, haremos consistir esta virtud, hermanos míos? En la desconfianza de sí mismo y en la confianza en Dios: tales son los dos fundamentos en que descansa la humildad, y en ellos está su fuerza todopoderosa. En efecto, si ella solo enseñase al hombre á desconfiar de sí mismo, sin ofrecerle el apoyo de un Dios, concíbese fácilmente, que presto se abatiria en la pendiente de su debilidad; si ella le animase á confiar en Dios, sin advertirle, al mismo tiempo, que desconfiase de sí mismo, dejaríase llevar de una audacia insensata; pero, sostenido por estas dos áncoras, que tocan, la una al cielo, y la otra á la nada, ha encontrado el verdadero punto de apoyo, desde el cual la humildad, como una poderosa palanca, puede remover el mundo.

Y en efecto, ¿qué obstáculo pudiera desconcertar al hombre íntimamente penetrado de la doble persuasion, de que nada puede por sí mismo, y de que con Dios todo lo puede? Las más de las veces, lo que frustra el objeto de nuestras empresas, por otra parte muy laudables, son los falsos cálculos de un orgullo desmedido, que nos infatua con la idea de nuestra superioridad, y las falaces inspiraciones de

una ciega confianza en nuestros recursos, en nuestros conocimientos y pericia; confianza, que se desvanece muy presto, y nos deja solos con nuestra impotencia, ó que se convierte hasta en desaliento, así que tropieza con dificultades que no previmos, ó de que no hicimos el menor caso al verlas de léjos: así como un filósofo, enamorado de los encantos de la virtud, se empeña en realizar en su alma la peregrina imágen de la misma; seguro de su voluntad, no duda por un momento del buen éxito de sus esfuerzos; pero, como no ha contado más que consigo mismo, su espirante presuncion le entregará pronto sin defensa á la discrecion de las pasiones, que él cree haber sofocado, y que todavía respiran en el fondo de su corazon.

Pero, cuando un filósofo cristiano, cuando, por ejemplo, un S. Pablo, en el fervor de su grande alma, se consagra al culto de la virtud, y se esfuerza para llegar á la perfeccion, no temais que se pare en su marcha perseverante, ni que retroceda ante los obstáculos. Al principiar la carrera, dice: Yo nada soy, nada puedo; pero, lo puedo todo en Aquel que me fortalece. Anda, generoso apóstol; con esa humildad, que forma tu fuerza, no hay enemigos que no puedas aterrar, ni victorias que no puedas alcanzar sobre tí, sobre el mundo y sobre el infierno; ni virtud tan sublime, de la que no puedas ser el héroe y el mártir! En seguida podrá él decirse, que ha trabajado más que los demás, y que en él no ha sido vana la gracia de Jesucristo: pero, temeroso de que el orgullo tome parte en esa declaracion de un alma franca y sincera, ved como luego se apresura á añadir, que, por lo demás, solo quiere cifrar su gloria en sus flaquezas; y que en cuanto á las grandes cosas, que acaba de enumerar, no es él quien las ha hecho, sino la gracia de su Dios.

2. De ahí viene, hermanos míos, que los doctores de la Iglesia y los maestros de la vida espiritual, aquellos hombres tan versados en la ciencia de Dios y en el conocimiento de sí mismos, han dado á la humildad el nombre de fundamento de las virtudes, porque, sin ella, no puede haber ninguna virtud sólida, constante y desinteresada. De ahí viene tambien, que aún está por hallarse un hombre casto que no haya sido humilde, y un hombre verdaderamente humilde que no haya sido, á la par, justo, sincero, mesurado, caritativo y misericordioso. Si, pues, virtud significa fuerza, ¿á dónde no llegará el poder de la humildad, que engendra, sostiene, perfecciona y contiene en sí sola todas las demás virtudes? ¡Cosa admirable! La humildad parece, á primera vista, la más débil y más abyecta de las virtudes cristianas; pero, semejante á la broza, y á las viles inmundicias, cuyas sales nutritivas dan á la planta su sávia y la coronan al fin de flores y

frutos, esta misma humildad, al parecer tan despreciable, presta á las virtudes más admirables todo su esplendor, lozanía y hermosura!

La humildad, que da al hombre tanta energía en el trabajo interior de su perfeccion, no le secunda ménos eficazmente en la accion exterior, y en las empresas generosas que exigen valor y perseverancia. Mal comprendéis esta virtud, si porque ella solo nos predica abyeccion y desprecio de nosotros mismos, creéis que nos vuelve incapaces de constancia y de resolucion. El humilde se rebaja, es verdad; pero se enaltece, se realza, como el resorte comprimido, que resiste y obra con más fuerza; se rebaja en el sentimiento de su fragilidad, y se realza en el de la confianza que ha puesto en Dios. El orgullo, por el contrario, al principio emprendedor y decidido, cede fácilmente á lo que puede comprometer la dulzura y la seguridad del egoismo. Sabidas son las intenciones filantrópicas de aquellos apóstoles de la sabiduría humana, que sueñan con la dicha de la humanidad. ¿Qué han hecho? ¿qué harán por ella? ¿Irán á ilustrar, á reformar al género humano, á sacrificar su propio reposo, á arrostrar los peligros y devorar los sinsabores inherentes á la espinosa mision de cambiar las ideas y de los hábitos de los hombres? No, sin duda; y primero que reprimirse, limitándose á disgustos y á votos estériles, dejarán marchar el mundo, que no por eso andará peor. Pero, al humilde discípulo del Evangelio, que medita grandes cosas para gloria de su Maestro y dicha de sus semejantes ¿qué le importan las contrariedades, los desprecios y las persecuciones? Bástale saber que trabaja para su Dios. Y Dios, que, celoso de su gloria, háse complacido en todo tiempo, en confundir lo que es, ó cree ser algo, con lo que no es, escóge á esos hombres humildes para sus grandes obras. La historia del pueblo santo, historia anticipada de todos los pueblos del mundo, no es más que el cumplimiento liberal de estas palabras: todo lo que se ensalza será humillado, todo lo que se humilla será ensalzado. Empezando por la torre de Babel, parece, que todos los monumentos, que los esfuerzos todos del humano orgullo, se han elevado más, solo para caer más estrepitosamente; al paso, que todo lo verdaderamente grande y útil que se ha hecho, todo lo que ha tenido fuerza y duracion, ha sido fundado por la humildad, empezando por el universo mismo, fundado en la nada.

Cuando Dios quiere dar un jefe á su pueblo, y vengarle de los insultos de sus vecinos, no creáis que vaya á escoger á un capitán famoso, que pueda atribuir el honor de la victoria á su valor, á su táctica y experiencia; de entre los pastores, elegirá al vencedor de Goliath y el primer rey de aquella gloriosa dinastía, de la que habia de

descender un dia el Deseado de las naciones. Cuando quiere salvar á Bethulia de los horrores de un largo sitio, y á las tribus cautivas de los furros de un implacable enemigo, no se detendrá en armar cien mil brazos, sino que señalará en un sexo tímido á una Judith, á una Esther, y la mano de una mujer hará caer á Holofernes y al orgulloso Aman.

Y cuando llega Dios á fundar el imperio eterno, que debe abarcar todos los lugares en su extension, y comprender todos los siglos en su duracion, ¿tomará por auxiliares de esa grande obra la espada de los conquistadores, el profundo saber de los filósofos y la elocuente palabra de los oradores? Nó; temeria que pareciese haber puesto el hombre la mano en su obra. Deja pues á los emperadores en sus tronos, á los sábios en sus ateneos; y de entre la muchedumbre más oscura y más desconocida, escoge doce pobres pescadores, que conducen un dia al pié de su pesebre y de su cruz á los filósofos y á los césares. ¿Por qué, hermanos míos? Para que ningun mortal se jacte delante de Dios; para que, como está escrito, el que se gloria se glorie solamente en el Señor (I Cor. I, 29 ET 31). Si, pues, quereis ser fuertes, hermanos míos, sed humildes: sed humildes los que cultivais la ciencia, si aspirais á triunfos duraderos; el orgullo extravía vuestro talento en absurdos sistemas; la humildad os guiará en caminos más seguros; y vosotros sereis más grandes y más hábiles, cuando confeseis ingenuamente vuestra ignorancia, que si procurais encubrirla ó solaparla, tratando de atravesar impenetrables tinieblas. Sed humildes, vosotros, jueces de la tierra, ó vosotros, los que ejercéis una parte de poder; no confieis de tal modo en vuestra prudencia, en vuestra luces y en los recursos de vuestra política, que no comprendais al mismo tiempo, que el movimiento y la direccion de los negocios está en la mano de Dios, y que mientras nosotros discutimos las cuestiones más graves, allá arriba se resuelven irrevocablemente. Sed humildes, los que amais la gloria; ella vendrá por sí misma á vosotros, si no la buscáis. Sed humildes, vosotros, más sábios y más modestos, que os contentais con la virtud; la humildad es su principio, su salvaguardia y su remate más glorioso. Sed humildes, en fin, todos los que quereis ser dichosos, porque la humildad, principio de fuerza, es tambien una fuente de paz, como voy á demostrarlo.

3. Para evidenciar cuán favorable á la paz es la humildad, bastaría quizás observar, que todas las pasiones diversas que, con los nombres de envidia, celos y ambicion trastornan la tierra y ocasionan una guerra continua entre los hombres, se reducen, en definitiva, á

una sola y gran pasión, al amor inmoderado de sí mismo, al deseo de elevarse, de dominar, de distinguirse de la multitud por cualquier medio que sea; en suma, al orgullo. En efecto, hermanos míos, el orgullo es el mayor enemigo de la paz. ¿Quién pudiera seguirle en todas las influencias funestas que ejerce en la tranquilidad de las naciones y en la felicidad de los individuos? Si yo quisiese enumerar todos los males que ha causado, habría de exponeros la tristísima historia de todos los crímenes, de todas las locuras, de todas las desgracias; habría de contar todas las calamidades de los imperios, todas las disensiones de familia, todas las pesadumbres de la Iglesia, todos los dolores y las amarguras todas de la vida.

No hagamos mención, si quereis, de la ambición de conquistas, de aquellas guerras desastrosas, que arman á los pueblos contra los pueblos, y cuestan á la humanidad tanta sangre y lágrimas tantas. Es harto evidente, que el que llama á la carnicería al demonio de los combates, es el demonio del orgullo.

Pero ¿quién, en el seno mismo de cada sociedad, quién mantiene esa guerra sorda, esas fermentaciones intestinas, que la minan insensiblemente y estallan al fin con hórrido estruendo? ¿No es también el orgullo? ¿No es la envidia de los rangos, de las condiciones, de los talentos, de las fortunas, de todas las superioridades naturales, religiosas ó sociales, que acarrea á la larga aquellas grandes catástrofes y aquellas espantosas revoluciones, á cuyo estrépito retiembla á lo lejos la tierra? Si la humildad cristiana hubiese arreglado los deseos y dirigido las esperanzas, cada uno, contento con su suerte, habría disfrutado días de paz en la condición en que nació, ó no hubiera intentado salir de ella sino por el camino abierto á una ambición legítima; y de la dicha de cada uno habría resultado sin esfuerzo la de todos. Pero, despertaráse el orgullo en el fondo del corazón del hombre, resonarán en sus oídos las palabras de libertad, igualdad é independencia, y al punto, las pasiones sublevadas responderán al llamamiento con feroz alegría; entonces se cumplirá la palabra del Profeta: El hombre se volverá contra el hombre, el pobre contra el rico, el criado contra el amo, el joven contra el anciano, y el plebeyo contra el noble. Nadie querrá más jefes, ni en el Estado, ni en la Iglesia, ni en la familia: las relaciones de dependencia y autoridad, la reciprocidad de servicios y necesidades, de protección y benevolencia, la admirable jerarquía, que constituye la sociedad y mantiene su equilibrio y armonía, todos estos lazos se romperán violentamente; todos los amores propios despertados, todas las vanidades conmovidas, todas las ambiciones desencadenadas, se harán una guerra de

exterminio en medio de ese gran desorden, triste imagen del caos en que luchan todos los elementos; y la tierra, sacudida, tardará mucho en reponerse de la horrorosa tempestad que la ha agitado en sus entrañas.

¿Quereis saber ahora, los estragos que hace el orgullo en la sociedad espiritual? Recorred la historia de los cismas y de las herejías, que han desgarrado tan dolorosamente el seno de la Iglesia, casi desde su principio, hasta nuestros días. ¿Dónde hallar la causa de tamaños trastornos, sino en la terquedad de un sectario, en la obstinación de un heresiarca, que ha preferido romper la unidad, y dividir la túnica sin costura de Jesucristo, á retractarse de sus errores, y á someter su razón individual á la razón y á la autoridad legítima?

¿Qué se habría necesitado en el siglo xvi, para no turbar la paz de la Iglesia? Que un fraile, harto famoso, hubiese sido fiel á la primera virtud de su profesión, á la humildad; y sin hablar de tantas guerras, que no hubieran ensangrentado la Europa, las grandes iglesias del Norte, que, separadas de la comunión romana, no son más que ramas secas, estériles, incapaces de producir frutos para la vida eterna, todavía formarían parte de la herencia de Jesucristo.

Y para referirnos á nuestros últimos tiempos, más fecundos en este género de calamidades, porque aquí no se trata solamente de una herejía que afecte á alguna de las verdades de la fé, sino de una filosofía impía, que altera á un tiempo todas las creencias; ¿no es el orgullo, solo el orgullo, el que ha producido todos esos sistemas monstruosos, subversivos de toda religión, de toda moral, como de toda sociedad? Si sus harto culpables autores hubiesen sido humildes, de seguro no la hubieran dado en blasfemar contra lo que no entendían.

Al orgullo debemos, pues, todos los males que sufren la virtud, la religión, la humanidad; él también lleva la tribulación á las familias, siembra la discordia entre los hermanos, alimenta los rencores hereditarios, eterniza los pleitos escandalosos, en que la avaricia toma quizás ménos parte que la vergüenza de ceder y confesar su sinrazón; él es quien provoca las venganzas, divide á los amigos, y arma su mano de un puñal homicida para lavar con sangre una afrenta, que mejor se limpia con las lágrimas de una reconciliación generosa. Lisonjead el orgullo de los hombres, preconizadlo en vuestros discursos, atizadlo en el corazón de la juventud, convertidlo en móvil de las acciones humanas, y lo perdereis todo, pegando fuego á los cuatro ángulos del universo.

Si es verdad, que los contrarios se curan con los contrarios, el medio de fundar una paz inalterable en la tierra, sería el reinado de la

humildad: tal es la noble tarea que desempeña el Evangelio, fulminando sus anatemas contra el orgullo, y colmando á la humildad de dulces bendiciones! Y ved ahí, como esta religion, que los impíos acusan de intolerante, afirmaria para siempre la concordia entre los hombres, si se escuchasen sus preceptos; ved ahí, como unas virtudes cristianas, que muchos se atreven á llamar antisociales, contribuirían, empero, á la dicha de la humanidad. Háse dicho, que una sociedad de cristianos perfectos no puede subsistir, y el pretexto de semejante blasfemia ha sido, sin duda, la humildad, que la religion impone como una ley á sus hijos. Y ved ahí, tambien, como esta misma humildad seria el lazo más firme y más suave de toda sociedad.

Pero vosotros quereis, sobre todo, carísimos hermanos, que os hable de la paz deliciosa, que la humildad derrama en el corazon del justo que la practica. ¡Oh! el triunfo de esta virtud consiste, en ofrecer al hombre un asilo seguro contra todas las tempestades y disturbios de esta vida! No, Dios mio, no es en los altos montes, siempre vecinos del rayo y de las tormentas, sino en los humildes valles donde te place derramar las aguas de tu santa paz y de tus divinos consuelos! Tú mismo lo has dicho á tus discípulos: *Aprended de mí que soy humilde de corazon*; aprendedlo, no con un conocimiento estéril, sino por una fiel imitacion, y *hollareis el sosiego de vuestras almas*. Y verdaderamente, el humilde, que nada se cree, que no pretende ni distincion ni preferencia alguna; el humilde, que no libra su reposo en el favor ni en la indiferencia de los hombres, sino que en todo busca únicamente la voluntad de Dios; ¿por qué parte seria accesible á las agitaciones del alma y á los tormentos de la imaginacion? Olvido, desprecios, calumnias, todo lo sufre sin murmurar, y hasta con alegría. Así lo permite Dios por razones conocidas de su sabiduría; y bien considerado, no se le tributa más que la justicia que merece, ó mejor, se le concede una gracia. Si se le conociese más á fondo, sin duda se le juzgaria con ménos indulgencia; por otra parte, ¿no fué tratado su Maestro con más indignidad? y ¿no es bien que el discípulo se parezca en algo al Maestro? El humilde se consuela, descansa en estos pensamientos; y su paz se afirma y se acrecienta por las mismas causas que podrian alterarla. Pero, si es más insensible á la injuria, confesemos tambien, que tiene ménos ocasiones para sufrirla. El orgullo provoca las contradicciones; la humildad solo recoge sufragios. ¿Qué podeis contradecir en el que os pide el último lugar, y se coloca primero para dejaros pasar delante de él?

¿Qué tormentos, por el contrario, no destrozan el corazon del soberbio? Antes contaríamos las olas del Océano en lo más récio de la

tempestad, que los movimientos tumultuosos de un alma dominada por esa terrible pasion. Ya sabeis la historia del favorito de Asuero. Admitido en la íntima familiaridad de su príncipe, colmado de honores, dignidades y riquezas, está desasosegado día y noche porque, en medio de la muchedumbre prosternada á su paso, ha habido un hombre, que no ha doblado ante él la rodilla. ¿Y qué le importa á un hombre que disfruta de tan alta gloria, que un cautivo, un extranjero, un mísero judío, le haya negado esa señal de respeto? ¿Qué le importa? ¿Creeis, por ventura, que se necesiten tan poderosos motivos para turbar la paz de un orgulloso? Una palabra, un ademan, una mirada, un aire que él toma por indiferencia ó desprecio, basta para ofenderle vivamente; ménos sintiera la punta de una espada clavada en su corazon. Y el que más disfrutó de su renombre, aunque ménos digno; el que vió su estatua coronada en el teatro por la mano de todas las artes, en medio de las aclamaciones de todo París delirante; Voltaire, en fin, ¿no nos ha revelado el suplicio de su alma vana y envidiosa, al escribir á sus confidentes, hácia el fin de su larga carrera, *que las amarguras y los sufrimientos han marcado todos sus instantes*, y que por algunos ramos de laurel que ceñían su cabeza, treinta coronas de espinas la habian desgarrado atrozmente?

¿Y de qué nace, las más de las veces, hermanos míos, la tristeza que os consume? ¿Por qué os inquietais? Confesadlo de buena fé: estais tristes porque creéis que nadie piensa en vosotros, y que no se os tiene la consideracion que en vuestro concepto mereceis. Así, pues, aún cuando la humildad no nos hiciese superiores á esas flaquezas, seria tambien digna de todos nuestros votos, de todo nuestro estudio y de todos nuestros cuidados, pues aquel vive verdaderamente, que goza de una tranquilidad de ánimo siempre igual y constante, y aquel muere á todas horas, que vive en eterna agitacion.

Acabo de manifestaros, carísimos hermanos, el carácter y los efectos de la humildad en su oposicion con los del orgullo; habeis visto como la una nos perfecciona y consuela, y como el otro nos degrada y atormenta. Es tal el poder de la primera, que todo lo grande y estable ha sido hecho por ella; el orgullo, por el contrario, es una debilidad tan grande, que el inevitable efecto de su mayor exaltacion es trastornar el sentido y turbar la razon de sus desdichadas víctimas. El mundo tambien lo juzga como el Evangelio, á ménos que algun interés ó alguna pasion le quite el conocimiento. Refugiémonos, pues, amados hermanos míos, en la humildad, como en un asilo seguro; pidámosla consejo; abracémosla con amor como base de nuestra perfeccion y de nuestras esperanzas. Yo solamente os he hablado